

Periodo de prueba y pasatiempo en el *Quijote*

Strosetzki, Christoph

First published in:

Martínez Mata, Emilio (ed.): "Cervantes y el *Quijote*." : actas del Coloquio internacional, Oviedo, 27 - 30 de octubre de 2004. Madrid : Arco, 2007, p. 89-96

ISBN: 978-84-7635-673-9

CHRISTOPH STROSETZKI
Universidad de Münster

Don Quijote vive su tiempo a la búsqueda de aventuras como un periodo de prueba, en el que tiene que demostrar su caballería. Siempre con cuidado, ya que de cada situación se podría desarrollar una prueba concreta, no se permite estar ocioso. Las pausas entre las salidas sirven para reconvalecer, para ganar de nuevo las fuerzas necesarias que necesitará en las próximas aventuras. Para entretenimientos no le queda tiempo. Aparece así, en contraposición con la mayoría de las figuras de la novela, con las que se encuentra. Para éstos, en cambio, se convierte el trato con don Quijote progresivamente en un pasatiempo. No obstante, no es fácil decidir si el género de las novelas de caballerías por su parte se puede considerar entretenimiento para el lector, entretenimiento en el que domina el principio de *delectare* sobre el de *prodesse*. De cualquier modo, esta cuestión en la novela *Don Quijote* es objeto de las más controvertidas discusiones. Para don Quijote entretenerse con la erróneamente entendida lectura de las novelas de caballerías, era lo que conducía a la pérdida de la realidad y del entendimiento.

Caballeros son las personas a las que quiere imitar don Quijote. La imitación era un principio del Renacimiento humanista, que partía de la posibilidad de la *aemulatio* y *superatio* de lo pasado por lo presente. Las descripciones de las biografías paralelas de Plutarco fueron leídas como estímulo para imitar a los hombres y hechos ejemplares. Así se dice también en *El Cortesano*, la traducción de Boscán de la obra de Castiglione, que nadie podrá leer sobre los actos de un César, de un Alejandro, de un Escipión o de un Aníbal sin sentir el deseo de emularlos y querer alcanzar como ellos fama eterna. Don Quijote recurre a esta idea humanista no sólo cuando él mismo imita los libros de caballerías, sino también cuando en el futuro lejano se ve él mismo como uno de esos caballeros, a los cuales la fama les ha concedido un puesto en el templo de la inmortalidad y de cuyo ejemplo, los caballeros andantes de los tiempos futuros podrán ver qué camino tienen que tomar (I, 47). Que realmente se pueda aprender algo de los libros de caballerías como de los textos de la Antigüedad, lo acentúa también la figura del canónigo en la novela pues en ellos se podía tratar la picardía de Ulises, la

osadía de Aquiles, la generosidad de Alejandro, la sabiduría de Cato o la indulgencia y la sinceridad de Trajano (I, 47).

El intento de reactualizar la idealidad del pasado en el presente caracteriza también al Cristianismo. Vivir según los principios cristianos es vivir siguiendo a Jesús (Mateo 8, 22; 9, 9; 10, 38; 16, 24; 19, 21; Marcos 8, 34; Lucas 14, 25-35). Eso requiere abnegación y la aceptación de la cruz y del sufrimiento. Don Quijote asume de manera comparable el papel de sucesor. El modelo, para él, es el caballero tal y como aparece en los libros de caballerías. Sus tres salidas son para él exámenes a los que él mismo se tiene que enfrentar; tiene que probar sus capacidades, en cuanto que cumple, acatando su misión de caballero, su deber cristiano de proteger a los reprimidos y a los débiles, por una parte, y de dar prueba de las virtudes caballerescas, por otra. La duración de sus salidas se convierte así también en parábola de una vida entendida religiosamente como prueba.

Aun cuando don Quijote menciona constantemente al *Amadís*¹, al que quiere imitar, éste no parece significar otra cosa que una posibilidad de explicar el concepto de imitación, ya que para don Quijote lo esencial es el deseo de llevar a cabo una gran hazaña. Si se considera, pues, la caballería andante como un servicio a Dios, entonces se implica siempre en su autognosis una dimensión religiosa: *somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia*² (I, 13). Don Quijote se decanta por las armas para servir a Dios y al rey (I, 39). Y cuando don Quijote en otra ocasión hubo hecho daño a unos curas que formaban parte de un cortejo fúnebre, lo lamentó mucho más porque honra a la Iglesia *como católico y fiel cristiano* (I, 29). La lucha de los santos la compara don Quijote con la de los caballeros y señala: *Porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano*³.

Don Quijote se ve por tanto como luchador en favor de la causa cristiana. Para él, el tiempo tiene fundamentalmente la finalidad de obtener una victoria en esta lucha, da lo mismo que las diferentes pruebas y los episodios tengan un orden aleatorio. Sin embargo, éstos sirven para probarse a sí mismo y afirmarse como caballero. El tiempo para él significa ponerse a prueba y no entretenerse con pasatiempos. Según el punto de

¹ «No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo [...] y así lo ha de hacer y hace el quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolo ni describiéndolo como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes». (Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Austral, 1979, p. 142 (I, 25).

² Miguel de Cervantes, p. 67 (I, 13).

³ *Ibid.*, p. 600 (II, 58).

vista de don Quijote los caballeros son los servidores de Dios en la tierra, por medio de los cuales se ejecuta la justicia, de modo que su actividad parece más agotadora que la del monje cartujo (I, 13). Aun en los casos donde se ve obligado a volver a casa (I, 49), conserva la paciencia y su confianza en Dios. En la comparación entre la vida de los caballeros y la de los monjes se constata que la de los primeros no exige menos privación y ascetismo que la de los segundos (I, 13). De cara a los numerosos deberes de un caballero, Sancho, el escudero de don Quijote, es de la opinión que es mejor llegar a ser santo o, por lo menos, vivir como un monje. Frente a eso, don Quijote le indica que también la caballería representa una orden religiosa, que no todos pueden ser monjes y que hay muchos caminos por los que Dios conduce a sus elegidos al cielo (II, 8). Así don Quijote puede sostener ante el canónigo que a consecuencia de sus privaciones él ya ha alcanzado virtudes, que son comparables con las del asceta (I, 50). Con los místicos él comparte la idea de que él tiene que seguir la llamada de Dios *a pesar de todo el mundo*⁴. Tan influenciado parece estar don Quijote por la teología, que Sancho grita que le lleven los demonios si su amo no es un teólogo o por lo menos se parece a uno como un huevo se asemeja a otro (II, 27). El caballero andante, declara don Quijote, no sólo debe ser teólogo, para poder dar cuenta de la fe cristiana cuando se le exige, sino que también debe estar provisto de las tres virtudes teológicas y de las cuatro cardinales (II, 18).

Cuando Cervantes en el *Persiles* presenta el antiguo modelo de la epopeya en un contexto cristiano-religioso, el camino de los protagonistas parece ser peregrinaje. En la Biblia estar de camino es un símbolo de la temporalidad de la vida humana que representa una prueba con la eternidad de fondo. Así, por ejemplo, en la Carta a los Hebreos (11, 13) se habla de *peregrini* y de *hospites super terram*. En este contexto don Quijote es caracterizado como *aventurero*⁵ caminante a la búsqueda de aventuras (I, 1; II, 57).

El momento exacto de las aventuras y pruebas que tiene que superar y la clase de los mismos, es cuestión generalmente del azar. De cualquier modo, una prueba de ello es que don Quijote le puede dejar a su caballo Rocinante las riendas sueltas y también le deja elegir libremente el camino a seguir: *Se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo*⁶, o también: *sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar*⁷. Por otra parte, la alusión a la estrella de Belén, que guió a los tres Reyes Magos al portal, es evidente en la primera salida a caballo. Como una indicación

⁴ Ibid., p. 360 (II, 6).

⁵ Por ejemplo, Miguel de Cervantes, p. 22 (I, 2).

⁶ Miguel de Cervantes, p. 115 y s. (I, 21).

⁷ Ibid., p. 131 (I, 23). Para consultar la predestinación en Cervantes véase Francisco Garrote Pérez: «Algunas cuestiones cervantinas: Una vía clarificadora de su pensamiento». En: *Anales Cervantinos* 20, 1982, pp. 59-92.

del carácter de predestinación de su camino don Quijote ve al oscurecer: *no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba*⁸. Así la alusión a la Biblia pone de manifiesto el destino de don Quijote como predestinado. Bien es verdad que la predestinación tiene previsto para él un tiempo como caballero, no obstante las diferentes pruebas aparecen temporalmente aleatorias.

Don Quijote lucha por la recuperación de la época de la caballería no sólo con sus actos sino también con sus palabras. También en este aspecto tiene que probarse a sí mismo. Sus conversaciones y discursos son consecuencia de la misión impuesta a sí mismo; no son mero pasatiempo sino que forman parte de su periodo de prueba. Característico de don Quijote es un afán misionero, que se exterioriza en el constante intento de convencer a los otros de las ideas de la caballería e incitarles a que la imiten. Sus discursos recuerdan frecuentemente a sermones y la retórica que utiliza se puede comparar a la retórica de púlpito. Sancho es el primero que será evangelizado.

Los primeros ejemplos para ello se encuentran ya al principio. Cuando Sancho abandona el lugar de donde es originario, así como a su mujer y a su hijo para ser escudero y para vivir en la perspectiva de recibir una isla como futura recompensa, se presenta comparable a los apóstoles, los cuales dejan todo con la esperanza de encontrar una nueva misión. *Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino*⁹.

Los numerosos discursos de don Quijote demuestran su afán misionero de transmitir a los demás las propias convicciones. Le gusta referirse a los viejos tiempos en los que los caballeros andantes estaban todavía preparados, en medio de un campamento militar, a pronunciar un discurso ante el pueblo presente como si hubieran obtenido sus grados académicos en Retórica en la Universidad de París (I, 18). Así, por tanto, aparece el arte de hablar como una de las cualidades de la caballería andante, del cuál don Quijote aporta un ejemplo especialmente brillante. Es tenido incluso *por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia*¹⁰. Constantemente intenta don Quijote convencer a los demás de sus convicciones. Cuando Roque le explica que vive como un ladrón, ya que lo fue una vez por venganza y que desde entonces también se toma la venganza de terceros como personal, don Quijote le quiere persuadir de hacerse caballero (II, 60). De este modo recuerdan sus discursos a sermones y a intentos de convertir.

La penitencia es la tentativa de actualizar el tiempo mal empleado con el propósito de corregirlo. El presente se emplea así como corrección

⁸ Ibid., p. 23 (I, 2).

⁹ Miguel de Cervantes, p. 44 (I, 7).

¹⁰ Ibid., p. 433 (II, 22). Véase también: Paul M. Descouzis: «Don Quijote, catedrático de teología moral». En: *Romanische Forschungen* 75, 1963, pp. 264-272.

del pasado al igualar sus carencias por medio de su contrario. Don Quijote, no obstante, opta por hacer penitencia sin ser consciente de tener una culpa concreta. No quiere recurrir al tiempo propio mal empleado, con el objetivo de corregirlo, sino a la penitencia de Amadís al que él mismo imita.

La temática de la Edad de Oro juega en igual medida con la posibilidad de hacer el pasado presente. No obstante, mientras que, en lo que a la penitencia se refiere, se juzga negativamente el pasado y se considera que tiene un carácter individual, en la Edad de Oro se le define positivamente y se considera cuestión de un colectivo. También la Edad de Oro se convierte para don Quijote en su cometido; la elogia como un tiempo de inocencia, en el que el derecho a poseer bienes es desconocido, en el que la paz reinaba, en el que las relaciones amorosas eran inocentes y sencillas y en el que, por supuesto, las muchachas eran bonitas por naturaleza y no corrían el peligro de ser agredidas sexualmente por desconocidos. Él mismo ve justificada ahora su tarea en resucitar en la Edad de Hierro en la que vino al mundo, las características de la época áurea: *él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca*¹¹. La utilización de la palabra «resurrección» tiene que verse como una consciente alusión a la Biblia. Otra alusión como ésta aparece un poco más adelante: mientras que Cristo, cumple su misión de salvar a la humanidad y resucita de la tumba al tercer día, don Quijote, por su parte, está convencido de haber pasado tres días en la cueva de Montesinos, el cual, sin embargo, sólo le había anunciado darle la noticia de cómo podía salvar a los que vivían en la cueva (II, 23).

El intento de don Quijote de querer realizar este pasado idealizado en su presente, está destinado al fracaso. Esto le queda claro no sólo al lector, sino también al cura y al barbero, los cuales aparecen en la novela en lugares centrales. Esto no sorprende si se tiene en cuenta que el barbero era al mismo tiempo médico y que era el que se encargaba de curar las heridas físicas. El cura, por el contrario, era el responsable de la salud del alma, como corresponde a un padre espiritual en la religión cristiana. Que ambos se ocupen del bienestar de los hombres, es una característica común que en el *Quijote* les conduce a la realización de actividades conjuntas. Incansablemente intentan los dos salvar a don Quijote. Allí donde no intervienen de forma activa en los acontecimientos, se ofrecen como interlocutores. Entre las salidas o en las pausas del argumento que acontecen durante las salidas, el cura e incluso el canónigo escuchan frecuentemente, como un juez o un padre confesor, ideas y planes de don Quijote para juzgarlos y corregirlos. En las temporadas de descanso entre las salidas se preparan tanto las próximas como también se analizan las anteriores: como un hijo perdido vuelve don Quijo-

¹¹ Miguel de Cervantes, p. 43 (I, 7).

te al final de la novela en cierto modo al seno de la iglesia, cuyos comentarios desprestigian estas salidas al considerarlas malos ejemplos. Don Quijote es elevado de esta manera a un metanivel y juzgado más allá de su vida como una obra literaria.

El cura y el barbero valoran a don Quijote de la misma manera que valoran las novelas de caballerías con ocasión de la quema de los libros: éstos critican la mayoría de las novelas de caballerías que para el lector posiblemente no resultan más que una pérdida de tiempo y, de la misma manera, el actuar de don Quijote les parece una pérdida de tiempo y un mal empleo del mismo aunque para don Quijote se trate de un periodo de prueba como caballero. En ellos las reflexiones críticas sobre las novelas de caballerías se corresponden con la crítica a don Quijote, así como para el lector de la novela *Don Quijote* el juicio sobre esta novela corresponde con el juicio sobre su protagonista. Se plantea siempre la cuestión, tanto en la lectura del libro como en la vida real, de si el tiempo fue bien empleado o si, por otra parte, se desperdició y no se aprovechó adecuadamente.

El cura y el barbero reconocen que el supuesto periodo de prueba de don Quijote como caballero no es más que un camino equivocado; y para la mayoría, con los que se encuentra, no supone más que una posibilidad de entretenimiento. El cura y el barbero, sin embargo, no se divierten como los demás lo hacen, sino que quieren ayudar a don Quijote. Ambos son los que inspeccionan la biblioteca de don Quijote y juzgan los libros como si fueran censores de la Inquisición. A su preocupación e iniciativa se debe que empareden los libros considerados nocivos (I, 7)¹².

Es probable que Cervantes aluda en la novela con los frecuentes juicios sobre libros al Índice de Trento y su modelo español aparecido aproximadamente un decenio antes del comienzo de la publicación del *Don Quijote*. Este Índice no sólo prohíbe herejía y magia, sino también prohíbe, en su regla número siete, libros que echen a perder las costumbres¹³. Antes de publicarse el Índice de Quiroga español en 1583 el Consejo Superior de la Inquisición pidió opinión a diferentes universidades y eruditos sobre la cuestión de en qué modo debía ser adoptada la regla número siete del Índice de Trento. De este modo se preguntó al jesuita Mariana, el cual había participado de manera decisiva en la preparación de ese Índice. Éste aconsejó en 1579 tomar, extremar y concretar la re-

¹² El cura y el barbero van a la habitación en la que se encuentran más de 100 libros. Mientras que, por una parte, salvan el *Amadís de Galia*, queman, por otra, las *Historias de Esplandián* y otros muchos libros. El *Tirant lo Blach* se lo lleva el barbero a casa, aconsejado por el cura, para entretenerse. La *Diana* de G. de Montemayor es censurada (I, 6); listas de autores con juicios sobre los libros se encuentran también en la obra de Cervantes «Viaje del Parnaso» y en el «Canto de Calíope» incluido en *Galatea*.

¹³ Un listado de todas las reglas del Índice de Trento se puede encontrar en Franz Heinrich Reusch: *Der Index der verbotenen Bücher*. 2 Tomos, Bonn, 1883, Tomo 1, p. 330 y ss.

gla. Por ello tuvieron que ser completamente prohibidos en la lengua popular las novelas de caballerías, la obra *Diana* de Montemayor y la *Celestina*, así como los escritos en latín de Virgilio, Ovidio, Marcial, Catulo, Tibulo y Propercio, los cuales no sólo se los quería prohibir a los jóvenes sino en general.

En el siglo XVI, por tanto, se añadió a la contraposición entre heterodoxo y ortodoxo otra: ahora los censores tenían que distinguir también entre libros beneficiosos y nocivos. El grupo de los libros nocivos es bastante más amplio que el de los herejes, los cuales en realidad sólo constituían una parte del grupo total. Podía ocurrir que bastara con que un libro se calificara de no útil, es decir, de pérdida de tiempo, para ya verlo catalogado en el grupo de los libros dañinos¹⁴. Como consecuencia, no pocos autores, para evitar que sus libros fueran clasificados en el grupo de los dañinos, acentuaban expresamente en los prólogos de los mismos la utilidad de sus obras para la moral y la vida.

En el siglo XVII la oposición entre libros útiles y no útiles empieza a jugar un papel más importante en la medida que la censura de autores herejes frente a los autores católicos pierde importancia. Este es un desarrollo que empezó en el año 1596 con el Índice de Clemente VIII¹⁵. Es comprensible, así, que uno es los escritos más importantes de la orientación de la Inquisición, el *Erotemata de malis ac bonis libris deque iusta aut iniusta eorumdem confixione* (1653), del jesuita francés, conocido en toda Europa, Raynaud, no quiera prohibir libros por ser malos en sí mismos, sino sólo aquellos que lo son para el lector, es decir, aquellos que pueden ocasionarle daño¹⁶.

Con esto de fondo se rechaza, por tanto, la dedicación a los libros de caballerías, ya sea por medio de su lectura o ya sea por imitarlos en la vida real, como en el caso de don Quijote, por ser considerada pérdida de tiempo. El ocio demuestra ser una distracción de la postulada dedicación a la fe y la salvación eterna. Una palabra que no tiene ningún provecho en este sentido se considera pecaminosa como se tiene que demostrar partiendo de los comentarios de la Biblia sobre el versículo 36 del capítulo 12 del Evangelio según San Mateo: *Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum quod loctifuerint homines reddent rationem de eo in die iudicii*. Se debe, por tanto, rendir cuentas el día del Juicio Final de cada *verbum otiosum*, de cada palabra ociosa que se ha dicho. Pero, ¿qué es exactamente un *verbum otiosum*? Para el teólogo español Suárez (1548-1617) no son, por cierto, ni mentiras, ni calumnias, ni blasfemias a Dios, sino que más bien se trata de una palabra a la que se debe condenar puesto que des-

¹⁴ Así se podía rechazar un libro con el argumento de que no traía ninguna *utilidad*, sino sólo daño. Algunos ejemplos en este aspecto se pueden encontrar en V. Pinto Crespo: *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*. Madrid, 1983, pp. 213, 254-259.

¹⁵ F. H. Reusch, *Der Index der verbotenen Bücher*. 2 Tomos, Bonn, 1883, Tomo 1, p. 560.

¹⁶ Theophilus Raynaudus: *Erotemata de malis ac bonis libris, deque iusta aut iniusta eorumdem confixione*. Lyon 1653.

pilfarra el tiempo sin sentido en vez de tener en cuenta la utilidad. Aquel principio de la utilidad se acentúa, el cual prohibía en otro contexto y apoyado en el principio horaciano de *delectare et prodesse* la lectura de la mera literatura de entretenimiento, como son las novelas de caballerías y los poemas amorosos.

Así aparece la novela *Don Quijote*, con la discusión contemporánea sobre la utilidad y el despilfarro del tiempo de fondo, en muchos aspectos como paradigma. La antítesis del periodo de prueba y del entretenimiento se encuentra de nuevo en la oposición poetológica entre *prodesse* y *delectare*. El *verbum otiosum* aparece como oposición a la actividad discursiva de don Quijote de orientación evangelizadora. Aunque el tiempo, para el concepto cristiano de prueba y examen, fue valorado positivamente en la discusión contemporánea, don Quijote, el cual vive precisamente bajo esta concepción del tiempo, se convierte en un mal ejemplo. Ante los ojos del clero que aparece en la obra, don Quijote fracasa.

No obstante la novela es al mismo tiempo un ejemplo de la dificultad de la *aemulatio*. Ésta era, como es sabido, no sólo un principio central de la poética humanista, en cuanto que unose esforzaba por imitar a los autores de la Antigüedad, sino que también era en la sucesión de Cristo un principio cristiano central. Asimismo, la novela se presenta como parábola de la imposibilidad de la repetición del tiempo pasado. La tentativa de querer reestablecer en el presente la época de la caballería a través de la sucesión, fracasa. Don Quijote, aun siguiendo a los héroes de las novelas de caballerías, no tiene éxito en repetir aquella época en su presente, el cual contesta a este intento en la mayoría de los casos con burla y mofa. También la penitencia, como tentativa de actualización del tiempo mal empleado teniendo la corrección como finalidad, experimenta en la novela refutación y relativización a través de la burla y la sátira. La temática de la Edad de Oro, finalmente, juega en sentido análogo con la posibilidad de hacer presente el pasado, pero don Quijote también fracasa al intentarlo. En definitiva, se puede ver la novela como parábola de la imposibilidad de cada intento de repetir un pasado en el presente, ya sea el pasado primeramente ideal o ya sea real. Las frases de Heráclito de que todo fluye y que uno no se puede bañar dos veces en el mismo río, encuentran en el *Don Quijote* una moderna reafirmación.